

Convergencia 2023

“Ética y acto: posición del analista”.

Analía Meghdessian de Nanclares.

La particularidad que la clínica de nuestro tiempo imprime a nuestra práctica, torna imprescindible el replanteo acerca de la posición del analista respecto de su acto. En el marco de la subjetividad que nos habita ¿de qué ética se sostiene hoy el acto del analista?

Quiero acentuar la dimensión lógica de la disyunción inclusiva ya que, a mi entender, no es posible hablar de las particularidades que afrontamos por fuera de lo que implica la responsabilidad del analista respecto de su acto, lo que hace a una ética y una política que, para el psicoanálisis no es otra que la orientada en dirección al sujeto del Inc.

Encuentro en esta reunión de analistas la ocasión para retomar y converger el valor significativo de estos términos, cuya vana circulación pueden degradar su valor.

En el contexto cultural de este tiempo, incididos por las variantes del malestar que la época imprime ¿a qué nos estamos refiriendo?

Para ello sería oportuno tener presente algunas marcas de los orígenes y pensar las invariantes que hacen soporte a nuestro quehacer, como las repeticiones que, bajo los diversos ropajes epocales que los síntomas revelan, intentan socavar estos fundamentos.

Freud señala de manera reiterada que el psicoanálisis se funda en su distinción de la hipnosis, del abandono de la técnica hipnótica por el de la libre asociación.

No se trata de un mero trayecto. Es un punto de inflexión, un cambio radical de posición entre lo que podemos pensar como el pasaje de la palabra y el cuerpo del Otro a la palabra y el cuerpo propio. Y ubicar en el corazón de nuestra práctica la razón que está en la causa de la división del sujeto. Punto al que se dirige el analista a fin de operar sobre lo que se opone a esa efectuación.

Así en la travesía del lenguaje a la palabra los desajustes propios de este trayecto revelan, por un lado, la no naturalidad de ser un sujeto hablante y la inexorable dependencia del sujeto al Otro en la medida que el sujeto se funda en una alienación

forzada y necesaria para no caer en el desamparo absoluto como nos lo revela las diversas expresiones clínicas.

Pero ser sujeto del lenguaje no garantiza de hecho ni por derecho ser sujeto de la palabra, en la medida que **vivir no se equivale a existir.**

Ética y acto analítico reviste un interés particular en la formación de los analistas centrado en la necesaria interrogación acerca de la legitimidad sobre la que se funda en el contexto de la actualidad.

Es en dicha dirección que propongo pensar la legitimidad del acto analítico y la ética que de ella se desprende para la formación del analista, como ***el renovado pasaje por ese límite escritural en relación a la causa que lo hace dividido, que sólo otorga el análisis del analista sin el cual no sería posible sostener viva la pregunta por el sujeto en la transferencia. Desde aquí partimos.***

Cada tiempo en la formación del analista, invita a algunas precisiones. Que no hay formación final, acabada, que totalice el saber del analista. Que el saber tal como el psicoanálisis lo despeja es el saber producido en acto, delimitado en el lugar de la verdad. Y que dicho saber sólo se actualiza en transferencia, dado que el analista como pasador de lo real de su castración en la escena analítica y polo condensador de goce, engendra la confianza real y necesaria para garantizar el movimiento del “no pienso” allí donde era hacia el allí donde era “no soy”.

Es en función de este movimiento que sitúo primero del lado del analista, del que parto para formular la siguiente pregunta.

¿Cuál es el valor de dichas consideraciones en el marco de la subjetividad de nuestra época?

Nuestra época se halla teñida por el escepticismo, la ubicuidad de los valores, el afán de éxito rápido, la ilusión de que el todo es posible, el consumo voraz y la desesperante necesidad de “pertenecer” al precio de “dejar de pertenecerse a sí mismo”. La primacía de lo universal y el pensamiento único por sobre lo singular del sujeto respecto de su deseo.

La falta de tolerancia cuando no el arrasamiento de las diferencias que trae aparejado, como efecto inevitable, las renovadas versiones de la segregación. Es decir, la renegación permanente de los rasgos distintivos y el agujero radical en el que se estructura el sujeto.

Habitados por esta renovada versión de la sugestión una nueva forma de biopoder ha creado, a través de diversas tecnologías sofisticadas, cuerpos dóciles afines a veladas formas de la alienación en nombre de una libertad que sólo conduce a lo peor, engendrando, obediencia debida. **Se vive, pero no se existe.**

¿No se trata de una renovada versión de la hipnosis, el sujeto del yo alienado a la pantalla del Otro, a la que nos vemos llevados por el malestar en la cultura de nuestro tiempo?

El psicoanálisis, por ser un elemento más de la árida trama sociocultural que nos toca vivir, no está exento de los efectos subjetivos de la época. Y es de incumbencia ética interrogarnos por la incidencia que en él promueven los reales de nuestro tiempo en los que, la dimensión de los goces y del deseo tienden a igualarse, la función paterna instauradora de legalidad diluirse y, como corolario, a favorecer la promoción de un vacío cuyo único objetivo es mantener la disolución permanente de la estructura.

Esta suerte de indiscriminado entre el desgobierno de los goces y la ley del deseo, ***disyunción que el análisis debiera inscribir engendrando instancia literal entre el goce y el saber***, da lugar, desde hace varios años, a las más variadas manifestaciones clínicas. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Ciertamente, el sujeto de nuestro tiempo no se presenta con lo que podríamos llamar una versión clásica de la neurosis. No llega interrogándose por la razón de su síntoma o la causa de su sufrimiento ya que, bien a tono con la época, sólo se puede mostrar. Y también extrema hasta el límite del registro imaginario una mostración que, al revelar la insuficiencia de recursos simbólicos necesarios y suficientes - para hacer tope al real que irrumpe en su subjetividad - se presenta o bien en múltiples fragmentaciones todo él puro deyecto arrojado al vacío ilimitado, de las formas más variadas. Niega o bien reniega - por esta vía

precisamente - lo que está en la causa de su propia constitución. Desamarrado, desapropiado de su esencia dividida, es convocado al festín del todo vale.

Los intentos de suicidio en los adolescentes, los actos compulsivos, la violencia de los jóvenes, el tormento psíquico, la humillación moral, el bullying, la ansiedad, la necesidad de habitarse en otro cuerpo y nombrarse de otro modo, entre otras tantas expresiones, son prueba cabal de esta estructura de goce a la que se debe añadir la falta de instancias sociales de cuya legalidad se pueda hacer sostener un orden que acote el desborde real al que se ve arrastrado nuestro sujeto en cuestión.

Estas manifestaciones clínicas, que pertenecen al campo del lenguaje y no participan del orden del significante, ya que al hallarse desafectados de la operación de castración no alcanzan a tener adecuada medida fálica, ¿excluirían por ello la intervención de un analista?

Si bien estas condiciones no crean un analista, en el sentido clásico, tampoco lo excluye de la posibilidad de incidir y operar precisamente allí frente al desenlace de los goces, por su presencia en lo real. El límite que estas manifestaciones presentan no se equivale equipara con lo irrealizable.

Promover, en un primer tiempo, el reordenamiento del desenlace de los goces, recolocar al sujeto en un marco del que se pueda inscribir algún no. Rechazo de la satisfacción paradójica del goce que haga lugar - en un segundo tiempo- al deseo, se hace necesario para la delimitación de un argumento y una ilusión imprescindible para la vida del sujeto. Suponer que esto contraría la esencia de nuestro acto, dirigir al sujeto a la castración, sería un error de lectura si no partimos de que, para operar, producir corte, es necesario precisar las condiciones entre el sujeto y el Otro. Esto es lo que llamo engendrar instancia literal necesaria, que permita en otro tiempo escriturar, una y otra vez, la falta entre la satisfacción paradójica que el goce del Otro imprime y la inevitable ley que el deseo reclama.

La abstinencia no es la respuesta para estas circunstancias. Y el analista, por ese trato sensible y permanente que le otorga el análisis llevado hasta su límite con relación a “qué

es y qué no es”, ¿no estaría habilitado por esto a incidir frente al real clínico de nuestro tiempo?

¿No será ésta la ética que regula y ordena los actos del analista hoy?